



Míriam Vega

CUERPO QUE ROMPE CUERPO: EL TEXTO PROTÉSICO

Pixel en un va y ven de balbuceos

Hay confrontaciones a través de la cámara fotográfica que se convierten en discurso, en imagen, que generan balbuceos que con el paso del tiempo se pronuncian a través del texto. Al acercarme a la observación de mi propia imagen, a través de la cámara, pude percibir cierto extrañamiento en mi forma que se insertaba a ritmo lento, y que solo con la comparación de fotografías pasadas— se establecía cierta apreciación que hablaba de un cuerpo que estaba creciendo de una manera extraña.

La inmediatez digital —que con su reposo decimal tras pulsar con pulgar derecho la opción de visualizar imagen— me hablaba de una suerte de enfermedad llamada *acromegalia*. ¿Esta soy yo? No recuerdo estos pómulos, esta nariz, ni estas manos engrosadas. No recuerdo este roce de vísceras y costillas mientras buscan su lugar comprimido. Rarezas de la performatividad corporal y las modulaciones genéticas que hacen del cuerpo —un cuerpo monstruo— queriendo ser capturado con cada toma. Extraño es saberse creciendo en un cuerpo que rompe cuerpo.

197

En el proceso de querer adjetivar y palpar aquello que estaba sucediendo se estableció un paralelismo entre la imagen y el peregrinaje médico. Quise verter, en algún lugar observable, el exceso y el sometimiento, la incredulidad del dolor articular, la mofa y el ojo que atraviesa incrédulo al exponer que algo extraño estaba pasando en ese puente intermedio llamado órganos y huesos.

Acción de archivar el reconocimiento de las violencias de estos —nuestros cuerpos crónicos—, desde un lugar performativo, pictórico y textual con la dureza que da el blanco y negro. Confrontación ante la cámara para ver qué tenía que decir. El cuerpo se posó en la lente para no habitar un lugar de silenciamiento, para no asumir la indefensión como destino, parafraseando a Sayak Valencia. Las pistas —para esa doble investigación— (diagnóstico y generador de materiales), fueron trazadas primitivamente a modo de pixel.

De una manera embrionaria, el acto fotográfico solapó mi hábitat como tejido vivo. La cámara y yo nos atrevíamos a conversar de una manera escueta, pero sin miedo. El selfie todavía no había matado del todo al autorretrato, se abordaban lecturas de *cómo poner el cuerpo* y el archivo *Perder la forma humana*¹ daba cierta plasticidad al documento fotográfico cuando hablamos del cuerpo —mediante ese zoom de la carne que no supedita la imagen del yo. Todavía no había familiaridad con el "food porn", con el "porno de inspiración" o el "porno de la decapitación" que trajo consigo el horrorismo panoptizado.

Por aquel entonces la carne todavía conseguía cierta representación poética, recordado a Barthes y su *cámara lúcida*. Había pausa en cada toma, había reflexión y repetición para establecer un mapeo de la rareza. Se practicaba un diálogo íntimo con el acto de poner el trípode, medir la luz y darle forma; era un tiempo paralelo y sin redes donde pensar y comprender —cómo se relaciona el entorno con la discapacidad— habitaba otras líneas de fuga. Con el autorretrato hay ergonomía en las manos, hay tiempo congelado, hay un careo posterior en la acción de modelar el pixel. Luego es extendido y desplegado en ese mapa donde fotografías y apuntes se geolocalizan haciendo pliegues de papel en la pared hoy blanca.

Mis redes nacieron en mitad de esta práctica, había cierta inocencia en la acción de publicar. Aquella plataforma no era como la habitabilidad de bolgpost.com, allá pasaban cosas, el híbrido se movía, y entre quirófanos, viajes y consultas decodificaba a través de la imagen, pero sin llegar al texto explícito. La experimentación de la enfermedad (híbrida también), móvil, estacionaria, a días mansa, a días como —un poner el cuerpo a la intemperie— dialogaba con las fracturas para seguir siendo, sin saber lo que era instagram, sin saber lo que era un androide. Solo el espacio, un trípode, el portátil y una tarjeta SD.

Quería ampliar esa narrativa para poder observar sin prisa las estrategias que me llevarían a la obtención de ese diagnóstico y a recuperar restos del paseo

¹ Longoni, Ana. *Perder la forma humana*. Centro de investigaciones artísticas. CIA 2012 en línea <http://www.ciacentro.org.ar/sites/default/files/perder_la_forma_humana_completo_corregido.pdf>

expropiado. Las imágenes creadas amortiguaban el impacto que la dejación de mi sujeto recibía en los contextos médico-sociales y político-económicos; mientras, las múltiples violencias eran vertidas en su lente-ojo. Disparar al yo una y otra vez hasta que sangre. Hacer el hueco cada vez más y más grande, dejar que seque, mirar y observar eso que se mueve. Mi cuerpo sujetaba —como un arma entre las manos— aquel disparador para efectuar la toma.

Con esta práctica que nacía desde un empuje visceral, comencé a contar a través de la imagen, sin poder/saber hablar —tras la expropiación de la palabra. No hay nada más bello que la contemplación de una imagen para atreverse a mirar sin miedo, observar lo que pasa en aquello que requiere de tiempo para engendrar el balbuceo que va adquiriendo el cuerpo en un nuevo —cuerpo estallado. Acción de mirar para pasar al *texto protésico*, pero sin pecararme de que la confrontación entre clínica, teoría y realidad social sería un constante boxeo. La discapacidad es parte de la experiencia humana, pero esta no se manifiesta en cuanto a la representación de la cosmovisión normativa de las personas sin discapacidad. Aprender a reconocer las violencias, exponerlas y saber que el resultado expuesto no quiere ser interpretado por el otrx hace que reverberen enunciados que se pronuncian con la #discafobia, el #capacitismo y los múltiples #microcapacitismos que criminalizan la realidad abyecta; una problemática social silenciada, un sujeto ausente.

La carne convertida en píxel dio paso a un proyecto llamado *El cuerpo expuesto*² para dialogar con la cámara en modo *self-portrait*. Experimenté la extirpación de un tumor en la hipófisis, la carga mensual de un inhibidor hormonal, la prótesis brazo, el corte de tendones, la limpieza de rodilla, la separación escapular... Entre todo aquello —el cuerpo y mi subjetividad— fueron pasando a primer plano; lo oculto jugaba en la superficie para entender esa contemplación-imagen. Al reconocer esta performatividad aprendí a dialogar/no dialogar con estructuras frágiles. Performar la identidad como presencia /ausencia me llevó por derivas corpóreas emergentes y entrelazadas para convertir lo molesto en hablado, lo monstruoso en carne dispuesta para comer. Desde este cuarto propio conectado aprendí a operar, para pasar el tiempo, para alternar la lectura con el paseo, para dialogar con el ancestro.

Performar desde el saberse visto crea una observación bilateral que no deja torcer la mirada aunque incomode y es ahí donde comienza el gesto político. Sabernos vulnerables pasa primero por desvanecernos, por sentir el impacto, que con el tiempo afianza a nuestros cuerpos en su querer mostrar —para saber dar la vuelta. El silencio y la deserción también son lugares de resistencia que crea tejidos de palabras —balbuceos que, a través del tiempo, pueden experimentar cierta voluntad de aparición. Acción que transmuta para desenmascarar realidades no normativas que emergen de la expropiación de la palabra.

² *El cuerpo expuesto*, para su descarga:

<https://issuu.com/miriamvega5/docs/cat__logo_miriam_vega>

El texto protésico. El texto va antes que el cuerpo

La cámara como espéculo, píxeles como búsqueda que le da nomenclatura al acto de la enfermedad. Acto, repetición, incredulidad, repetición del acto como tránsito clínico para llegar al *diagnóstico* y que sin este texto nuestra identidad queda invalidada a la vez que aprendida. En mitad de este proceso convertido en proyecto fotográfico en mi expediente médico se inserta la palabra *acromegalia*.³

[*Diagnóstico*: que sirve para reconocer; adjetivo que efectúa nuestra cartografía de cuerpo enfermo. Texto que se antepone al cuerpo y que con su presencia nos devuelve parte de esa legitimidad expropiada. Primer eslabón para recuperar el cuerpo en la ficción de *asegurar* nuestro tránsito legal por la vida. Vida que carece de importancia para el régimen y que en esa irresponsabilidad nuestra sustentabilidad queda bloqueada].

¿Qué cuestiones son las que fallan en estos procesos? ¿Por qué la clínica recoge el dolor como incrédulo? ¿Qué consecuencias conllevan los diagnósticos tardíos? ¿Cómo opera la dilatación del tiempo? ¿Cómo llegas a convertirte en un sujeto ilegal?

El texto siempre se encuentra antes que el cuerpo. La clínica como enunciado salta de un lugar a otro, desplaza la escena queriendo representarla en otra parte. El diagnóstico se entremezcla con la operación freudiana que se instala como método para deshacerse del excedente tullido. El texto institucional, como régimen del significante, se proclama imperante anteponiendo nuestra condición de ser. El texto médico, subjetivo y equivocado legitima la anulación de nuestros cuerpos enfermos. La existencia de lo que en algún momento se acaba ubicando en invenciones y paradigmas psiquiátricos —al cambiar de marco— pasa por la fantasía de querer ser defendido con un diagnóstico. No podemos olvidar que un diagnóstico no nos va a salvaguardar a la hora de circular por el sistema médico-social y político-económico con una condición crónica. Vivimos en el *capacitismo*, en la incredulidad metódica como constante con la que, aun aprendiendo a verbalizar/no verbalizar, argumentar/no argumentar —hablar— se percibe como una legítima defensa en vez de una objetividad emancipadora. No hay intención de legitimar, no hay intención de aprobación pero sí, quizás, cierta necesidad de contarle al abyecto tullido y semejante que su lugar y su percepción de la realidad no son equivocados.

Partiendo de la barrera resistente del lenguaje, con la que se concibe un texto, podríamos hablar de los obstáculos adheridos al cuerpo, cuando éste necesita de un texto "compulsado" para legitimarlo, para legitimar su condición tullida. No es lo mismo llamarse con papeles que sin papeles, racializadx, euroblanco o refugiado. No es lo mismo llamarse BBVAh (blanco, burgués, varón, adulto y heterocis) y habitar en un país en condiciones económicas favora-

³ Endocrinol Nutr. 2005;52(Supl 3):2-6

bles, que llamarse negro, transexual, homosexual, mujer, trabajadorx sexual... El lugar de enunciación, la ley y el derecho no se articula con los mismos pesos. No es lo mismo el cuerpo concebido como ~~sano~~ que el desarticulado como ~~enfermo~~. Dentro de los cuerpos enfermos no es lo mismo llamarse enfermo, que enfermo crónico, y dentro de los cuerpos enfermos crónicos no es lo mismo llamarse enfermo crónico con diagnóstico que enfermo crónico sin diagnóstico, para llegar a un eslabón crip donde, dentro de los enfermos crónicos con diagnóstico, no es lo mismo estar o no estar reconocido en términos de ley y de prestaciones. Una serie de categorías hacia abajo que determinan y legitiman la legalidad/ilegalidad del cuerpo, para llegar a hablar dentro de un contexto tullido de la categoría de cuerpo discapacitado ilegal. Sería entonces la realidad más descarnada del crip, esta última experimentada en un cuerpo racializado.

Estos días transito unidades del dolor donde se me entrega un test de 1968 para rellenar donde lo que se quiere estimar es el grado de depresión que puede un cuerpo. No su dolor, su imposibilidad normativa, su dificultad a la hora de hacer como demanda el cuerpo erguido. Las unidades de dolor subestiman de una manera metódica, a la vez que responsabilizan al cuerpo de una condición que se interpreta como individual y no como condición humana. La clínica pregunta ciertas violencias como si "todavía soy capaz de disfrutar del sexo", si "tengo esperanza y confianza en el futuro", si "me creo útil y necesaria para la gente" y, entre otras, si "creo que sería mejor para los demás si me muriera". Ante esta demonización he argumentado la realidad de la pornoprótesis y los asistentes sexuales para personas con discapacidad, he argumentado la abolición de una postura misionera contraproducente para el cuerpo disca, he argumentado las pocas esperanzas que me dan las políticas de Trump y de Putin y las políticas de austeridad en general y que, si algo hay que matar, tendría que ser el capacitismo y la clínica freudiana. El cuerpo de bata blanca no entendió nada y me cita con el psiquiatra.

Habitar el espacio íntimo nos desgasta, transitar por lo público nos deja sin piel. Los marcadores de discriminación médico-sociales y político-económicos se identifican en el paseo, en cada paso —movimiento que el cuerpo enfermo articula. Mapeamos sin llegar al tránsito explícito, sin llegar a hacer mella en el espacio público y político, pero sin obviar las pequeñas marcas en la piedra digital, visual y textual que pueden ser pistas para generaciones prorrogadas. Y es que so(**mos**) enfer(**mos**) , so(**mos**) muchxs y nos sabe(**mos**) criminalizados. Por eso, los (**mos**) identificamos sin esfuerzo qué esquinas guardan los lugares que acreditan si nuestros cuerpos puede acceder (o no) a ser reconocidos. Identificamos la mirada que activa o desactiva nuestra realidad. Reconocemos el tactólátex que valora y convierte al cuerpo en corrupto por dictamen con cada tribunal médico. Mientras, aprendemos a sabernos clandestinos, a sabernos ilegales, a sabernos cuerpos sin papeles jurídico-administrativos, a sabernos cuerpos precarizados donde te descubres amable cuando le ofreces un té a la asistenta social de turno —que inspecciona tu casa para testear tu modo de vida y poder sustentarte con una ayuda social.

En la enfermedad el cuerpo aprende a mirar de cerca. Nuestra supervivencia performativa pareciera que se llegara a realizar con soltura aun con el riesgo de que este tipo de textos, el texto protésico, pudiera ser ubicado dentro de los parámetros de la tragedia personal y no desde un militarismo, una creencia por estas luchas tullidas, un contexto político-social que desvela esta opresión. Texto máquina, sin órganos, dispuesto nuevamente para comer.

Puede hablar el sujeto disca-crip (¿?)

A la pregunta de si puede o no puede hablar el sujeto enfermo, se antepone la pregunta de si puede o no puede escuchar el cuerpo erguido, independientemente de su nacionalidad, género y condición social. En esta espiral se pronuncia lo empírico, lo conocido tras la repetición de querer contar/no contar para efectuar la grieta. La no visibilización de lo privado interfiere con el texto antes que el cuerpo; con el texto protésico. Una cinta de Möebius que nos hace danzar de un lado al otro del reverso.

Por mucho que tachemos la palabra, lo tachado se convierte en subrayado, no se puede torcer la mirada aunque incomode. La *teoría crip- cuerpa disca* pone en juego nuestras nuevas presencias, que alteran la noción tradicional de la representación, para poder habitar este ecosistema. Nosotrxs lxs crip, lxs disca, lxs tullidxs, nos entrenamos desde nuestra envoltura para buscar prolongaciones. Muestreo de carne para dejar de ubicarnos en contextos infantilizados, criminalizados, *freudianohistóricos* y sin lugar de enunciación.

Habitamos lugares con códigos artísticos, filosóficos, teóricos y activistas, mientras la normatividad se percata de *lo raro* con el ceño fruncido. ¿Cómo se atreve a hablar un cuerpo tullido? Y es que la representación de la supremacía altamente sana, el capacitismo y el feminismo que excluye al cuerpo tullido se entremezclan con nuestra existencia incómoda. Lo incómodo crea nuevos lenguajes estructurales a través del consumo de tiempo queer, de tiempo tullido, de tiempo decolonizador, de libros, de conferencias, y de escasas alianzas.

El cuerpo tullido, explora la interseccionalidad entre las experiencias del racismo y la homofobia mientras transita llamando a la puerta de las teorías queer y de los decolonialismos, pero sin ubicar su colectivo crip/tullido como agenciamiento emancipador que haga forma, objeto, consistencia y sustancia para una lucha común. El tullido carece de historia, y no es porque no la tenga sino porque no es representada, por lo que carece de su propia palabra tullida dentro de un contexto político; incluso dentro de los propios estudios de la discapacidad, los contenidos sobre opresión social se representan como la última frontera de la investigación. No somos bien recibidos cuando exponemos una teoría crip a través de su raíz decolonial y lo queer se representa como una renovación del movimiento LGTB (añada Q). El crip se mueve entre estas dos teorías sin encontrar su lugar. Me pregunto desde dónde podemos hablar si la comparativa que se establece para hablar de nosotrxs necesita de una alianza que, en estos momentos, no se manifiesta. La identidad tullida no se concibe como identidad por lo que los textos abordados en los *disability studies*, en su intención

de exponer esta opresión tullida, van ligados a los procesos racializados con la intención de explicar estas comparativas de opresión. Todos los textos nos llevan ahí: textos de Fiona Campbell, Robert McRuer, Len Barton, Sonia Marselas Rojas... pero como bien dice Campbell: "el mundo de la discapacidad puede ser tolerado, pero en última instancia es inherentemente negativo".

¿Podemos ubicar el tullidismo antes que la euroblanquitud? ¿Podemos anteponer una condición de represión antes que un altavoz estandarizado y europeizado? El cuerpo erguido mantiene su terquedad queriendo omitir la condición disca para ensalzar su privilegio geolocalizado y anular la realidad del disca en su condición de ilegal. La realidad del tullido ilegal, precarizado y sin cuidados reconvertido en privilegiado por su condición europea —actualmente— deslegítima y subestima a la teoría crip. ¿Porqué hemos llegado a esta lucha de poderes por la palabra donde no se puede entender la ilegalidad del cuerpo tullido y su carente sustentabilidad? ¿Qué imaginarios se construyen en torno a la discapacidad? Discapacitado ilegal nunca será sinónimo de pensionista, ni de coche adaptado, ni de plaza de parking, ni de bonos de spa. Discapacitado ilegal es saberse sin categoría, con una condición no reconocida mientras el capitalismo, el sistema jurídico, el aparato médico, político y social y el oprimido, que creías al lado, invisibiliza estas realidades.

Dice Jenny Morris: "Cuando me convertí en una persona con discapacidad me di cuenta de que, si bien la discapacidad es parte de la experiencia humana, ésta no se manifiesta dentro de las diferentes formas que adquiere la cultura, excepto en términos que definen las personas sin discapacidad (de la misma forma en que los hombres definían y aún definen la representación cultural de las mujeres)."

Representar la discapacidad desde una perspectiva emancipadora se torna complejo. Incluso habitando contextos feministas, no se logra aplicar los fundamentos en torno a la discapacidad. La objetividad de nuestros sujetos ausentes, los discos, carecen de historia representada. Adrienne Rich nos cuenta que "la objetividad es una palabra que los hombres utilizan para describir su propia subjetividad"; mientras sus palabras se entrecruzan con las de Spelman cuando afirma que "la mayoría de los escritos filosóficos sobre 'la naturaleza del hombre' no se refieren a las mujeres en absoluto. Pero gran parte de los escritos feministas sobre 'la naturaleza de la mujer' y 'las experiencias de las mujeres' tampoco se refieren a todas las mujeres". Habría que matizar un poco más para interpretar esa concesión de —lo natural— pero nos sirve para hablar de cómo la clase y la raza se ubican en el centro mientras se deja fuera a la vejez y la discapacidad. Habría que preguntarle entonces al feminismo si la experiencia de la opresión tullida es de interés o sólo interesa a las mujeres con discapacidad. Hasta dónde fabricamos —la objetividad.

Para hablar del tullidismo en clave decolonial habría que comprender también una genealogía de la clínica y la subjetivación de la salud a través de la globalización. ¿Cómo se fue comportando la clínica a través del colonialismo? ¿cuándo aparece el hospital/hospicio como institución? Desde un posiciona-

miento carnal la identidad que me confronta es una condición acromegálica. Mi identidad acromegálica se antepone inevitablemente a mi blanquitud, ya que el tránsito es obturado por la primera pero también por la segunda desde una perspectiva activista cuando se ejerce la palabra. No obviaré el zoo colonial, el freak show que experimentaron mis semejantes abyectos. La barbuda, la gigante, la acromegálica, la negra, la microencefálica, la cuerpo elefante, la enana, todas en la misma jaula. Nuestra boca en su acto de tragar aprende a decir silencio para poder pasar al balbuceo que se convierte en palabra —para llegar a ser texto. Ese otro texto que se encuentra antes que el cuerpo; el texto protésico.

Bordados textuales para una máquina escritural que hinque sobre las realidades estructurales que se han insertado en nuestros cuerpos —suspendidos— para llegar a saber decir; para poder hablar. Teclear como verdad mutable, como acción de escribir desde el —yo— para romper la afirmación de que el texto está antes que el cuerpo; para que, por momentos, el texto parezca que suplanta, que reemplaza al cuerpo en vez de anteponerse. Hacer del texto prótesis somática, entrelazando tejidos vivos para politizar lo privado /invisibilizado sin obviar que lo privado también es interpelado porque se cuele entre la multiplicidad de objetividades ausentes/no creadas/creídas. Me acoplo en la poética, en la teoría, en la nomenclatura como resguardo que ayuda a la manera de decir para no dar cabida al victimismo o al enfado. Victimismo y enfado que ofenden y que, cuando el tullido articula, pareciera que se antepone y que restringe y anula ciertas maneras de decir.

Puede que el capitalismo, el capacitismo, el patriarcado, el colonizador y la prisa nos robaran la poética. Puede que tengamos que volver a reformularnos, reprogramarnos como sociedad. Nuestros cuerpos ubicados en los márgenes, los cuerpos crip tenemos que aprender a practicar la abolición y un rechazo expreso del ableismo⁴ a través de un anarcodisabled⁵. Engulliremos vocabulario para enseñároslo como quien abre las piernas y sin pretensiones didácticas; (No) cuidaremos nuestro léxico para (no) escandalizaros, para que la verdad (no) ofenda y pueda viralizar y pasar por la grieta. Seguiremos practicando (o no) nuestras coreografías desde la cama, desde nuestras prótesis, desde nuestras sillas de ruedas —aunque éstas vayan por dentro. Utilizaremos la poética para molestar al régimen. Seremos más cyborgs que nunca, recitaremos en streaming en un acto de repetición en bucle, generaremos archivos para sabernos vistos. Ocuparemos el espacio con nuestros exo-esqueletos sin que se pueda torcer la mirada. Mostraremos contextos represores, inquisidores, moralistas y capaci-

⁴ Neologismo utilizado para referirse al capacitismo ejercido expresamente contra el cuerpo discapacitado, evitando así otros significantes que se le pueda atañer a la palabra capacitismo en otro tipo de cuerpos. Proviene de su significante sajón —ableism— que se refiere a la discriminación y prejuicios sociales sobre las personas con discapacidad

⁵ Introduzco la idea de anarcodisabled para entender otras maneras de posicionarse en la representación de la discapacidad. Emma Golman utiliza esta fórmula para hacer híbrido y fusionar la teoría feminista con la anarquista. Representar con el anarcodisabled una fusión del anarquismo y la teoría crip.

tistas. El patriarcado, el capitalismo, el capacitismo darán paso a ese lugar expropiado y que, en su balbuceo, suena como palabra cuando aprendemos a pronunciar alianzas tullidas aunque estas carezcan de un agenciamiento abyecto. Lo haremos solas.

Balbuceo como momento extenso de descubrimiento, balbuceo y la actividad de deletrear entre las lecturas en las salas de espera, en la espera, en el consumo de tiempo. Balbuceo para escribir, para teclear a trote de yegua, para aprender a posar el cuerpo en el texto, para reafirmar una condición tullida multidireccional de la que todxs tarde o temprano estaremos hechxs. Estructuras corporales frágiles convertidas en tejido discursivo a golpe de letra, de imagen, de tinta tachada y subrayada, de pos-it, subrayadores para sostener lo que la memoria no sujeta cuando prevalece el territorio dolor que se ha ido cogiendo cada brote. Darle forma a todo lo archivado, lo anotado, lo aprendido y lo quemado. Dejar que la palabra articule su contexto y ocupar nuestro lugar de enunciación.

La identidad tullida no se conforma con habitar solo la clínica y la privacidad representada. Queremos afianzamos en formular la eclosión de estas verdades experimentadas. Después de observar el mundo sin entender la zancada larga porque se ha olvidado, de las inyecciones cada 36, 42 y 56 días, del quirófano, de las prótesis, te das cuenta de que la objetividad no formulada no es sinónimo de estar equivocada. El sistema capacita al cuerpo erguido, invisibiliza estas otras maneras de hacer, de sobrevivir, de pensar despacio, de caminar a otro ritmo, otro trazo. La palabra leída y escrita, la imagen, la web 2.0, los libros, nuestros cuartos propios conectados, las (no) alianzas son para el cuerpo disca una manera de moverse por este mundo, nuestra cuerda de saltar, nuestro bosque, nuestra yegua apocalíptica para trotar en el paseo.

Quiero contestarme a todas mis preguntas, hablar de cómo hacemos nuestras, de cómo utilizar el lenguaje sin sentirnos por ello violentadas, ni violentas. Sacar al erguido de su contexto *cristianoresquicida*: no queremos dar pena para barrer el resquicio que incomoda y que no nos deja avanzar; Pro-nunciar-nos. Quiero hablar del lenguaje que se le atribuye a nuestra suerte de enfermedad, de cómo se destruye, de la epistemología que subyace, del morbo yuxtapuesto, del género sobre la mesa de consulta, de la incredulidad, del tiempo como pena, de cómo avanza, de cómo invertirlo en nuestra propia y reiterada —entendida como defensa. Quiero hablar del cuerpo ilegal, de cómo el cuerpo disca se convierte en un sin papeles, de cómo transita por un circuito excluyente. Quiero hablar del capitalismo, del capacitismo, de cómo el texto se coloca antes que el cuerpo. Quiero hablar de nuestro molde incierto, de nuestras alianzas tullidas, de nuestra monstruosidad empoderante y de la muerte de la clínica.

Quiero hablar de los cuidados, de su ausencia, de cómo nos gestionamos. Del sistema económico-médico-social como aparato represor. Quiero hablar del diagnóstico, de su peregrinaje, de la colonización de la salud, de sus procesos identitarios-transidentitarios. Quiero mostrar el reverso de esa cinta de Moebius. Pero sobre todo quiero saber si, desde ese estar —sin estar, puede hablar la cuerpa disca-crip y hasta dónde se escucha su enunciación, cuando prevalece su

derecho a la ausencia porque impera el entrenamiento, el tránsito clínico, la deserción y el descanso.









































